

comprender esta situación pasa necesariamente por insertar los procesos locales en el marco amplio de lo que sucedía en todo el continente. No sólo el mercado editorial es relevante en este ámbito, sino que los diferentes exilios ayudaron a construir redes y nuevas comunidades interpretativas. El ejemplo de los emigrados argentinos, cuya inmersión en el pensamiento gramsciano fue precursor en numerosos aspectos, se complementó en México con otras rutas y otros debates. Exiliados españoles, bolivianos, ecuatorianos, entre otros, también colaboraron en la recuperación de algunas de las propuestas y entregaron a las imprentas sus apreciaciones. En este plano ya no encontramos sólo a los principales actores de la difusión gramsciana, como José Aricó o Juan Carlos Portantiero, sino que aparecen figuras que se mantuvieron en un segundo plano, estudiantes, tesisistas o investigadores, que aportaron desde sus propias experiencias.

Esta misma ampliación de la mirada tradicional nos conduce, incluso, a expandir los nombres de las empresas editoriales vinculadas a estas dinámicas. Por supuesto, el lugar central lo continúan ocupando **Siglo Veintiuno Editores y Ediciones ERA**, sin embargo, cada capítulo pareciera abrirnos hacia nuevas entidades. **Grijalbo, Diógenes, Folios**, son sólo algunas dentro de esta constelación, a las que deberíamos sumar algunas iniciativas universitarias, y una buena cantidad de revistas. De todas maneras, en este punto todavía hay un amplio margen para continuar con las exploraciones. Podemos preguntarnos cuáles fueron las librerías o mecanismos de distribución, qué tirajes alcanzaron sus ediciones o en qué bibliotecas se podían consultar las obras. Algunas investigaciones, por ejemplo, han enfatizado en la circulación de varios de los autores del período a través de obras mimeografiadas o de fotocopias. Los estudiantes seguían teniendo poco acceso al libro, pese a su abaratamiento y las colecciones populares, por lo que en general preferían otras formas de acceso al material impreso. Probablemente, una historia de la recepción que preste mayor atención a aquellos procesos que se dieron a ras de suelo, permita una aún

mayor complejización de esta temática.

Antes de concluir, otra materia transversal en la obra en cuestión es la paulatina desconexión que podemos percibir entre lo político, las organizaciones partidistas y las dinámicas propias de la historia intelectual de México. En la medida que los diferentes estudios avanzan en el marco temporal vemos cómo cada vez las discusiones en torno a Gramsci abandonan el primer plano del debate político, para concentrarse en la construcción de alternativas analíticas generadas desde lo académico. Por supuesto, esto puede obedecer a una distorsión en términos de las fuentes, pero me parece que detrás de esta tendencia se aprecia cómo se construyó la relación distante entre lo político ideológico y las investigaciones universitarias. En este caso, la penetración de Gramsci vía los estudios culturales ingleses es una buena forma de comprender la propensión hacia esta desconexión, ya que en general estos recuperan su instrumental teórico sin prestar demasiada atención a su praxis revolucionaria. En este sentido, una de las ausencias importante del libro es la lectura que se ha realizado de conceptos como *hegemonía* o *clases subalternas*, desde los estudios históricos. Por supuesto, en este aspecto encontramos una maraña de propuestas y tendencias, pero sin lugar a duda, su evaluación hubiera aportado a la comprensión de esta problemática, ya que tal vez la historia es actualmente una de las disciplinas más activas en términos de esta recepción.

Finalmente, la lectura de los doce capítulos que componen el libro nos deja una muestra profunda de lo extendido de la recepción de **Gramsci en México**. Pero también nos advierte sobre lo fragmentado y parcial que fue este proceso. Como ya mencionamos, esto pudo deberse en buena medida a la propia obra del pensador italiano. Sin embargo, como alguno de los autores menciona, también evidencia la falta de diálogos entre las diversas entidades, actores e instituciones que asumieron sus propuestas. Tal vez en ello radique la principal importancia de este libro, en su apuesta por construir puentes multidisciplinares no sólo para comprender tal o cual concepto de

Gramsci, sino para reflexionar en conjunto sobre el devenir de las ciencias sociales, su vínculo con lo político y su inserción en los procesos que hoy atraviesa México.

Sebastián Rivera Mir  
El Colegio Mexiquense

---

A propósito de Carlos Aguirre y Charles Walker, **Alberto Flores Galindo. Utopía, historia y revolución**, Lima, *La Siniestra Ensayos*, 2020, 234 pp.

El año pasado se cumplió treinta años de la temprana partida de Alberto Flores Galindo, historiador peruano cuyo proyecto intelectual prometía nuevas perspectivas en la producción historiográfica peruana. En el marco de esta efeméride, el sello editorial **La Siniestra** publicó un libro en homenaje a su trayectoria, escrito por los historiadores peruanistas Carlos Aguirre y Charles Walker. En medio de una pandemia que tuvo consecuencias fatales para el sector editorial peruano, la aparición de este libro constituye un empeño por seguir publicando a contracorriente de la coyuntura global, además de estimular los estudios de los intelectuales en un campo académico peruano, donde estos son contados con la palma de la mano.

El libro **Alberto Flores Galindo. Utopía, historia y revolución**, está compuesto de seis capítulos que abordan, desde distintas ópticas, la práctica intelectual de Flores Galindo, tanto a nivel de los debates que produjo en el espacio académico, así como en su intervención en la cultura impresa, a partir de publicaciones en revistas, semanarios y libros. En ese sentido, si bien cada uno de los textos se agrupan en esa órbita, uno puede leer independientemente cada capítulo. La introducción de los autores pone en perspectiva panorámica la amplia trayectoria intelectual de Flores Galindo, de modo que el lector puede reconstruir el contexto histórico-político en el que se enmarcó sus distintos artículos o libros. En este punto, las décadas clave de la gestación de sus ideas serán los últimos



años de los '60, es decir, casi desde el inicio del gobierno de Velasco Alvarado, hasta llegar a los '80, paralelamente al surgimiento y posterior desenvolvimiento del conflicto armado interno peruano.

La primera mitad del libro se compone de dos textos que ya fueron publicados en revistas académicas, además de un ensayo de Charles Walker, cuyo objetivo es poner en relevancia el lugar que ocupó (y que continúa ocupando) el libro **Aristocracia y plebe** (titulado en ediciones posteriores como **La ciudad sumergida**), frente a las demás publicaciones historiográficas sobre el siglo XIX peruano. Pero para realizar ese análisis comparativo no solo se efectúa una evaluación de sus interpretaciones historiográficas, sino que se pone en diálogo a la obra con el itinerario intelectual de Flores Galindo, sus lecturas y su viaje de estudios a Francia. Fue en este país europeo donde se vio influenciado por las cátedras de Vilar, Braudel, Romano, entre otros, a las que asistió como alumno de posgrado. Toda esta herencia –matizada también con una perspectiva de *la historia desde abajo*– fueron, si se permite el término, las condiciones intelectuales que posibilitaron la empresa historiográfica que marcharía luego en un tono contrapuesto a los tradicionales abordajes canónicos y elitistas de las figuras decimonónicas peruanas, un proyecto intelectual que impulsaría Flores Galindo a contrapelo de aquel recurso historiográfico encerrado en un pasado anquilosado.

El capítulo tercero, escrito por Carlos Aguirre, cierra con un ensayo (cuyo origen, en realidad, es una modificación de una publicación anterior) sobre la figura de Flores Galindo como intelectual público, donde se echan nuevas pistas para estudios de la cultura impresa peruana durante la década de los '70. Guiándose de libros como las memorias de Maruja Martínez – donde reconstruye el compromiso de parte de las agrupaciones de izquierdas y su vínculo con los impresos (léase volantes, revistas o periódicos) con el fin de generar una afinidad social en el ciudadano de a pie– Aguirre puede identificar los modos de intervención pública de Flores Galindo, cuya disección de sus prácticas

intelectuales revela que su interés no se limitaba a los circuitos académicos, sino también a otros espacios disímiles, como sindicatos o foros universitarios. Es importante señalar el trabajo diligente realizado por Aguirre al compendiar el listado de revistas y proyectos institucionales y editoriales con los cuales estuvo vinculado Flores Galindo, además de complementar su reflexión sobre su modo de (re)escritura en los distintos soportes impresos en donde participa. Si bien este capítulo va dirigido a reponer el campo intelectual donde interviene, las revistas y periódicos evocados en esta sección fácilmente pueden servir a los investigadores interesados en estudiar las prácticas impresas de las organizaciones militantes de izquierda de esos años. Si bien es cierto que el capítulo (y por extrapolación el libro) está enfocado en reconstruir la cultura impresa donde participa y polemiza Flores Galindo, hubiera sido recomendable señalar de manera general las tendencias de las publicaciones y las instituciones que les publican a este historiador promesa. Los vínculos de sociabilidad manifiestos en este capítulo son apenas una primera piedra para futuras investigaciones que se arriesguen a elaborar una cartografía intelectual y editorial militantes de los años '70 y '80 en el Perú.

La segunda mitad del libro ofrece estudios inéditos de ambos autores, los cuales considero los más provechosos del libro. El primero de estos, titulado “No hay isla feliz”, es un ensayo minucioso donde Carlos Aguirre desentraña el devenir del posicionamiento político de Flores Galindo ante el modo de vida en la Cuba socialista. Este es un trabajo donde no solo revisa con detenimiento la repercusión de sus primeros viajes en la década de los '60 al país caribeño gracias a eventos político-culturales impulsados por el gobierno revolucionario, sino que también realiza un trabajo de archivo minucioso en las colecciones especiales de Casa de las Américas. Esto le permitió reconstruir los intercambios epistolares y de ideas que estableció Flores Galindo con algunos intelectuales cubanos, como son los casos paradigmáticos de Roberto Fernández Retamar o Fernando Martínez Heredia.

Este capítulo es muy provechoso, en el sentido de que Aguirre se detiene sobre el proceso intelectual de Flores Galindo respecto a la experiencia socialista cubana. Poniendo el acento en los silencios de sus publicaciones que se relacionaban con la temática del país caribeño, así como en el testimonio de amigos cercanos a Tito Flores respecto a la mirada de este último cuando tuvo su primer arribo al país caribeño, Aguirre desata sus impasses político-ideológicos que posibilitaron su primer distanciamiento crítico de la Cuba socialista, hasta llegar a su cercanía afectiva e intelectual con el proyecto político de la isla, cuya condición de posibilidad habría de ser haber recibido el premio Casa de las Américas en 1986, gracias a su ensayo **Buscando un inca**. El capítulo reconstruye las múltiples experiencias de Flores Galindo, tanto a partir de su epistolario que se halla en Casa de las Américas, así como también gracias a la comunicación de Aguirre con escritores e intelectuales que lo acompañaron en sus viajes a Cuba, todo lo cual habría de sintetizarse en aquel texto suyo “El socialismo a la vuelta de la esquina”, donde sintetiza sus afectos sobre su relación con Cuba y su proyecto ideológico-político.

El ensayo siguiente de esta sección es el dedicado a Sendero Luminoso. En este, Charles Walker logra reconstruir los debates que suscitó las publicaciones de Flores Galindo que abordaban el conflicto armado de manera temática, ya sea las publicaciones de circulación masiva, así como su participación en libros que reflexionaban sobre el papel desempeñado por el campesinado en la guerra interna. En medio de las discrepancias que generó algunos de sus escritos, cabe resaltar los encuentros y desencuentros de Flores Galindo con Carlos Iván Degregori, remarcados por Walker. La polémica entre ambos, como señala el autor del ensayo, implica futuras vetas de investigación. Añado a este último comentario que también es posible poner en relación las propuestas de Flores Galindo con otros intelectuales peruanos. Abordando otros elementos temáticos, un intelectual que podría contrapuntarse con él, es el crítico literario Antonio Cornejo Polar, quien en su libro **Escribir en el aire**, toma como

reflexión la comparsa Inca Capitán para señalar su comprensión de la historia. Asimismo, dentro de esta comparación de programas intelectuales podría añadirse a Manuel Burga, quien también recoge la evocación incaica de esta danza folklórica en su libro **Nacimiento de una utopía**. Cabe resaltar que Flores Galindo menciona a dicha danza en uno de los primeros capítulos de **Buscando un inca**. Como se puede constatar, hay distintas formas de aproximarse a las teorizaciones de los intelectuales peruanos del siglo XX, una tarea pendiente de parte de la academia historiográfica peruana. Volviendo ahora al tema del capítulo, un punto de cuestionamiento también debería cierto tono paradigmático al Informe Final de la CVR de parte del ensayista. Justamente Walker equipara las exigencias de Flores Galindo, quien mantenía una posición contraria al silencio de parte de la academia sobre los sucesos de aquella década, en concordancia con lo que se señalaría años después en dicho informe, además de remarcar que estas demandas en contra del silencio fueron "proféticas". Para introducir una interpretación contrafactual –más o menos en tono de lo que el autor señala en el capítulo dedicado a la Independencia– y complejizar un poco el escenario, considero que Flores Galindo hubiera compartido y discrepado de algunos juicios emitidos por la CVR. Esto tampoco implica señalar que su análisis hubiera sido a favor de Sendero Luminoso, pero de seguro hubiera cuestionado las estratagemas empleadas en dicho documento para imposibilitar cualquier voz disidente sobre estado de cosas en el Perú contemporáneo. Equiparando lo que señalan los dos autores del libro, Tito Flores apuntaría a reconstruir una *historia desde abajo* de Sendero Luminoso, vale decir, comprender a los actores y sectores sociales que construyeron dicho movimiento y cuáles fueron las condiciones sociales, políticas e intelectuales que permitieron su surgimiento; dudo mucho que hubiera pontificado informes donde aún persisten claro oscuros, pues él también hubiera cuestionado quién y con qué fines es utilizado dicho informe, así como qué tipo de ruido está sucediendo en una sociedad posconflicto como la actual.

Finalmente, el libro cierra con un ensayo sobre las lecturas literarias de Flores Galindo. En este ensayo, Carlos Aguirre historiza la formación literaria de aquel, remontándose incluso a su etapa escolar en el colegio La Salle, en Lima. Fue desde ese entonces donde él estableció un vínculo cercano con los libros, puesto que fungió por una etapa de bibliotecario escolar. Más allá de este periodo, se repone un panorama amplio de sus lecturas, gracias al diálogo que tuvo con escritores y críticos como Tulio Mora, Peter Elmore y Ricardo González Vigil, entre otros, quienes traen a la memoria el vínculo afectivo que mantuvo Flores Galindo con algunos escritores peruanos y latinoamericanos, así como con fenómenos editoriales como el **Boom**. Sin embargo, la reconstrucción de sus lecturas no solo lleva a Aguirre a ahondar sobre su recepción de la literatura dentro de su bagaje intelectual, sino también a detenerse en la utilización de pasajes narrativos dentro de su producción historiográfica, como son los epígrafes y, en ciertas ocasiones, para ilustrar y matizar algunas explicaciones históricas que difícilmente habrían de ser evocadas por narraciones de este tipo. Un punto a destacar de la investigación de Aguirre es la minuciosidad con la que llega a constatar el interés de Flores Galindo de las novedades literarias. Esto sucede cuando identifica que un fragmento de una novela citada en uno de sus artículos había sido publicado apenas unos meses antes. A modo de conclusión, se coteja que las lecturas de novelas y cuentos permitieron una flexibilidad en el estilo narrativo de Galindo, especialmente para llevar a cabo sus proyectos de investigación, los cuales constatan que su horizonte intelectual no se reclusa a la utilización de meras fuentes historiográficas, sino también mantenía una proximidad a otras áreas académicas, como Literatura, Antropología e, incluso, Psicoanálisis, en una surte de interdisciplinariedad.

En líneas generales, el libro reconstruye gran parte del itinerario intelectual y los avatares que provocó las publicaciones de Alberto Flores Galindo dentro del ambiente intelectual peruano y extranjero (de preferencia el cubano). A diferencia

de otros comentarios sobre este mismo libro, habría de señalar que este libro ofrece una primera indagación de las prácticas político-culturales y la red de relaciones que estableció Flores Galindo con el campo intelectual y académico. Todavía hay otros espacios de sociabilidad pendientes de indagación, como fue su papel de introductor del psicoanálisis en el espacio universitario y, posteriormente, manifestado explícitamente en sus escritos; del mismo modo, considero que su archivo personal, específicamente su epistolario, permitiría reconstruir las redes que estableció con diversos intelectuales de la región. Este libro abre vetas de estudio para estimular un enfoque desde la historia intelectual y la cultura impresa, terrenos casi baldíos en la producción historiográfica peruana –salvo contadas excepciones. Esta crítica no debe entenderse con miras a producir mayores estudios sobre Flores Galindo, sino sobre la demanda de estudios sobre intelectuales relegados en la historia peruana del siglo XX. Palabras más, palabras menos, confío en que, si esto sucede en los años venideros, será posible en parte gracias a la publicación de este libro de Carlos Aguirre y Charles Walker.

Víctor Ramos Badillo  
(IDAES - UNSAM)